

## ASPECTOS Y FUNCIONES DE LAS FERIAS

JOSE MANUEL BRINGAS.

En el estadio primitivo de desarrollo la comunidad se debate en el autoconsumo. Produce aquello que come o aquellos útiles que necesita para poder producir sus alimentos. En cuanto supera esta etapa y tiene algo que vender, empieza a desarrollarse. Tiene entonces que distribuir sus productos, y para ello acude allí donde van a ir a comprar posibles clientes. En esos sitios—idóneos por diferentes causas—se originan las ferias y los mercados, de idéntica raíz ambos, pero de mayor importancia los segundos. Spencer decía que las ferias constituyen la onda comercial en su forma primitiva.

Evidentemente, los sitios idóneos para vender lo eran por un sinnúmero de causas, pero en muchas ocasiones una primordial era una festividad religiosa. Las grandes y pequeñas manifestaciones públicas de religiosidad atrajeron siempre ferias importantes. Ocurrió en el antiguo Egipto, en la lejana Meca, en las santas ciudades indias del Ganges y en muchas de las ciudades de la ruta jacobea.

En la Edad Media las ferias empiezan a adquirir importancia, que ya no deja de crecer hasta mediados del siglo XVIII. Llegaron a constituir hechos de tal importancia para las villas y regiones, que las Leyes de casi todos los países regularon su existencia y funcionamiento. El gran premio que un monarca ofrecía a una ciudad era declarar su feria "franca", o sea exenta de impuestos. Y es que los derechos reales y las alcabalas proliferaban de tal forma, cebándose en lo único que podían alcanzar (o sea en los bienes de consumo de todo tipo), que una exención suponía indudable preeminencia en la región. Claro está que estos privilegios siempre pagaban un gran favor, que era la mayoría de las veces de índole económica. Lo que los ciudadanos se ahorraban por un lado, por otro, más "noble" si se quiere, pero igual de costoso, lo perdían socorriendo a la casi siempre deficitaria Corona.

Este estado de cosas tenían que protegerlo y regularlo las Leyes, como ya hemos dicho. La legislación española ofrece algunos ejemplos en las célebres *Partidas* y en la *Nueva y Novísima Recopilación*, donde se decía expresamente que el alcalde o justicia del lugar donde se celebrase la feria debería proteger a cuantos concurriesen a ella (sin distinción de casta, religión o nacionalidad), evitando se produjesen males en sus personas, bienes o mercancías, tanto durante su estancia como durante la venida o regreso. Igualmente las penas por delitos de robo, asalto, etc., eran más duras si el delito ocurría en tiempo de feria que si ocurría fuera de él.

Las antiguas ferias murieron al normalizarse el transporte. J. B. Say ha dicho que las ferias pertenecen a un estado poco avan-

zado de riqueza pública (con la consiguiente falta de infraestructura para el transporte), del mismo modo que las caravanas denotaban un estado poco desarrollado de relaciones mercantiles.

Hoy día vuelven las ferias. Existen catalogadas más de 250 ferias y exposiciones internacionales e infinidad de ellas nacionales, y su número se multiplica de año en año, siendo los países ricos los que más ferias tienen. Las ciudades deseán albergar una feria importante, los responsables de las firmas comerciales estudian la concurrencia pensando dónde encontrar mejores resultados y los consumidores y clientes estudian los itinerarios de sus viajes en función de recorrer el mayor número de feriales.

Y todo porque, indudablemente, las ferias han vuelto a cobrar importancia. Como toda manifestación colectiva, puede analizarse y estudiarse desde muchos puntos de vista, y es lo que con mayor o menor intensidad trataremos de hacer. Intentaremos, al menos, recopilar una serie de facetas de las ferias de hoy día que en mayor o menor importancia puedan inferir el trabajo del urbanista o del arquitecto.

Empezaremos por ver qué es lo que hoy son las ferias. Esencialmente se han convertido en feria de muestras, tendiendo cada vez más a ser monográficas, con una duración de pocos días. Así, leemos de la feria del calzado, de la de la herramienta, de la maquinaria agrícola, del vino, de las máquinas de envasar, del automóvil, del libro, etc. En ellas se exhiben prototipos, "últimos gritos", y allí van los posibles compradores a verlos todos juntos y los vendedores a contrastar su producto con los de los demás y con las opiniones y deseos de los compradores. Tan éxito puede representar para un fabricante la venta de su muestrario como el darse plena cuenta de los errores del mismo que han impedido que su producto "pegue".

La organización de estos certámenes es muy varia. Unas veces son los fabricantes unidos los organizadores, otras los sindicatos o asociaciones comerciales, a veces los ayuntamientos o diputaciones y en ocasiones organismos centrales de la Administración del Estado.

En los recintos feriales se exhiben los prototipos, como hemos dicho. En general estos prototipos interesan a determinado número de personas, variable según la rama o ramas industriales expositoras, pero pequeño relativamente. Puede pensarse que todos los directamente interesados en lo que se exhibe no dejarán rincón sin ver y llegarán a todos los stands por alejados o escondidos que se hallen.

Después está el público, al que le interesa visitar el feria por

ver lo que allí se exhibe y ampliar sus conocimientos, por pasear por el lugar de actualidad, por saludar a un conocido que está en el stand 85, por llevar a sus hijos la tarde del domingo a ver las exhibiciones y a pedir folletos de propaganda o por cualquier otro motivo. El problema está en que va a haber mucha gente que no va a recorrer todos los puestos y pabellones de las ferias y, sin embargo, le gustaría verlo todo. El problema así planteado ya ofrece temas a los arquitectos o urbanistas que hayan de diseñar cualquier feria.

Desde el punto de vista del expositor, le interesa estar a la vista no sólo de los expertos del ramo, sino de todo el mundo, ya que así hace propaganda, y la propaganda es una de las armas más decisivas para vender. De ahí los precios tan altos que tienen los mejores sitios de las ferias.

Por su parte, el público quiere verlo todo, estar cómodo, y en este estar cómodo incluye el poder ver el certamen a gusto, el poder descansar, el poder distraerse, comer, etc. ¿Son compatibles ambos deseos?

Indudablemente, en un buen proyecto pueden serlo. De ahí la importancia de hacer las cosas bien, pues el caso no es fácil. En efecto, los clientes son de varios tipos (expositores, público interesado, público desinteresado, etc.) y todos tienen sus programas, que el arquitecto ha de dar solución. ¿Cómo conocer esos programas? Estudiando y preguntando. Indudablemente, cada feria sería un caso especial, al que impondrán sus exigencias la forma y topografía del ferial, la naturaleza de los productos a exponer, los deseos de los promotores, de los expositores, del público; en fin, un cúmulo de condicionantes que habrá que compaginar, entre las cuales destacará, como siempre, la escasez de medios económicos.

El inconveniente que puede tener el acondicionar un recinto para una feria monográfica es el que sólo puede dedicarse a una cosa, y en ese caso el espacio y los edificios están infráutilizados el resto del año. Será, pues, muy conveniente que el arquitecto trate de buscar e incorporar otros posibles usos marginales para poder así hacer más rentable la inversión. En algunas ciudades se utilizan, si no todas, parte de las instalaciones permanentes de la feria, aunque no suele ser frecuente. El hecho, pues, queda claro: es imprescindible que los proyectos de los recintos feriales sean buenos en el sentido de resolver los problemas propios de los asistentes a las ferias, compaginados con las posibles necesidades subsidiarias del barrio en que se enclava o de la misma ciudad.

Hasta ahora hemos contemplado una modalidad de feria a la que hemos llamado monográfica. Quisiéramos analizar otras modalidades del concepto. Una superación de la feria monográfica su-

pone la gran feria o exposición del tipo de la Feria del Campo de Madrid, la de Muestras de Barcelona, la Exposición de Montreal del presente año, etc.

En todas las concentraciones de este tipo subsisten los problemas particulares de las ferias monográficas, aumentados por la mayor envergadura de este tipo de certámenes.

Una concentración de la magnitud de las apuntadas puede llegar a crear grandes perturbaciones urbanas a poco que se desciendan los encargados de su ubicación y funcionamiento.

Por lo general, este tipo de ferias sólo se celebra en las grandes ciudades y su organización muchas veces supera la autoridad local. Dan a la ciudad un rango e importancia distinto al que tenía antes del primer certamen.

La tercera modalidad de ferias que queremos destacar es aquel tipo de mercado periódico que con las más variadas modalidades tiene lugar en muchos pueblos y ciudades. Su magnitud está entre una feria y un mercado; quisiéramos llamarle un mercado especial. En los pueblos suele tener un carácter agrícola-ganadero; en las ciudades puede revestir los más variados aspectos, desde el Rastro madrileño y los jueves sevillanos hasta los tenderetes variopintos y polifacéticos de algunas ciudades.

Casi todos estos mercados están situados en sitios inconvenientes, sostenidos por una tradición, pero creando algunos problemas ciudadanos los días que tienen lugar. Su sitio no es ya el adecuado.

Sin embargo, tienen mucha importancia en la vida de la ciudad, hasta tal punto que, si desapareciesen, desaparecería algo de lo característico de la ciudad, algo del vivir de sus habitantes, que hacía agradable en ocasiones sus ratos de ocio o esparcimiento. Hay, pues, que acoplar su funcionamiento, ajustándolo al nuevo ritmo y nivel ciudadano, pero sin hacerlo desaparecer.

Una cuarta faceta de la feria es la que reúne a los ciudadanos con motivo de las fiestas. Tradicionales de Andalucía, también se conserva en otras ciudades. El feria es el sitio de paseo y de diversión durante las fiestas; luego, otra cosa sin acomodo, normalmente. El saberlo buscar o el situarlo en el lugar conveniente es también un problema urbanístico que siempre acometen los Ayuntamientos cuando las cosas llegan a su situación crítica y entonces resultan soluciones no del todo convenientes.

Por último, en este peregrinar por las modalidades de ferias queremos hacer un hueco a los congresos. Tienen poco que ver, es cierto, las unas con los otros. Incluso podría decirse que no tienen nada que ver y, sin embargo, sí tienen una faceta común, que es la que en definitiva interesa señalar. Nos referimos a la

venida de gente de fuera a la ciudad a reunirse en grupo. La ciudad se hace más ciudad, vive más intensamente cuando acoge gente de fuera que viene a celebrar reuniones, sean económicas, políticas o culturales. Esas reuniones inducen corrientes nuevas en los habitantes y contribuyen a elevar el nivel de las personas, que es, o debiera de ser, uno de los objetivos de las actividades locales.

A lo largo de todas las modalidades reseñadas han ido apareciendo consecuencias, que por ser comunes en esencia vamos a resumir a continuación:

- 1.<sup>a</sup> Las ferias contribuyen al mayor o menor prestigio de las ciudades.
- 2.<sup>a</sup> Los "campos de la feria", si no están en sitio perfectamente elegido, producen perturbaciones en el normal desenvolvimiento de la vida ciudadana.
- 3.<sup>a</sup> Es conveniente que cuantas ferias de todo tipo existan en los pueblos y ciudades sigan manteniendo su función, y si por implicaciones ineludibles deben de desaparecer de su lugar tradicional, nunca debe permitirse su extinción total en la ciudad.
- 4.<sup>a</sup> Los congresos, en cuanto suponen visita de gentes especialistas en alguna materia, elevan y galvanizan la vida tradicional de la ciudad, debiendo, por tanto, procurar que cada ciudad pueda albergar la celebración de cierto número de ellos.

En todos los aspectos analizados ha quedado patente unas veces e implícito otras la enorme importancia que tiene el planeador. Tanto si se trata del proyecto de arquitectura como del plan urbanístico, el planeador juega un papel preponderante.

Por lo que respecta al proyecto típicamente arquitectónico, sobran comentarios para comprender la importancia del perfecto acomplimiento entre lo que se expone y los visitantes. Es en el aspecto urbanístico donde más se han descuidado los planificadores. Creemos que no debería existir ningún plan general de cualquier ciudad que no tuviese uno o varios espacios dedicados a ferias de una o varias de las acepciones contempladas. Analizando los estándares de ciudad que circulan por esos libros de Dios, en muy pocos se señala la dotación de espacio para la grande o pequeña feria (aunque luego estudie con mucho detalle las necesidades de aparcamiento según las zonas). Y podríamos asegurar que casi ninguno señala como dotación de distrito un sitio para poner un "Rastro" que dé vida, personalice y signifique el distrito o la ciudad permitiendo esa interconexión entre las gentes de las distintas barriadas que tanto añoran los tratadistas de la ciudad perfecta.

Levantemos, pues, nuestra bandera en pro de dotaciones "familiares" para todas las ciudades o distritos, como medio de lograr esa vida de relación que brilla por su ausencia tantas veces en nuestras ciudades.

Para terminar, vamos a enumerar nuevamente algunos de los efectos producidos por las ferias.

En primer lugar, está el efecto económico.

Desde cualquier ángulo produce la feria resultados económicos. Para los expositores supone pedidos de fabricación y supone también propaganda de sus productos; para los compradores, la posibilidad de elegir aquello que mejore su proceso de producción o su nivel de satisfacción (si se trata de un bien de consumo perecedero). Pero es que también existen efectos inducidos, como son los beneficios extra que percibe, por ejemplo, el comercio de la localidad durante los días de feria (y quien dice el comercio, dice los servicios en general). Las ferias dejan mucho dinero en la ciudad, luego ésta debe de contribuir a los costes que lleve apurado el montaje y conservación de la misma.

Un segundo efecto es el cultural. Es indudable que el ciudadano medio puede ampliar sus conocimientos visitando la feria y enterándose lo que ella representa (la misma prensa local, con sus artículos, puede facilitarle la tarea). Nadie podrá negar que el castizo madrileño que nunca salió de los madriles no pudo ampliar sus conocimientos sobre la ganadería visitando, por ejemplo, la Feria del Campo con interés y detenimiento.

En tercer lugar apuntamos el efecto sociológico, ya comentado antes, en cuanto que la feria puede ser vehículo de relación y mutuo conocimiento. Una ciudad que tuviese sus museos, estadios, universidad, sala de conciertos, parque zoológico, ferias, etc., o sea una ciudad que pudiese ofrecer armónicamente a cada una de sus partes algo especial y único de la vida de la urbe, habría logrado que todos sus habitantes se relacionasen, creando un espíritu cívico de convivencia y solidaridad del que por desgracia carecen muchas de las ciudades. Decía una vez un amigo que él conocía Caño Roto porque allí estaba el Canódromo, Las Ventas porque se atravesaban para ir al cementerio y el barrio de Embajadores porque solía ir al Rastro, pero que no le hablasen del Gran San Blas, Orcasitas, San José de Valderas, Manoteras y tantos nuevos barrios de nuevos madrileños. ¿Por qué nadie pensó, al hacerlos, que localizando en ellos alguna ferieca original o cualquier otra dotación de ciudad los habría acercado a los restantes madrileños?

Vemos, pues, cómo el tema de las ferias puede prestarse a más cosas de las que tradicionalmente se cree.